

Alegorías de lejos

(2016)

ROMÁN ANTPOLSKY



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Imagen de cubierta:
© Román Antopolsky, 2020
© Primera edición: Casa Vacía, 2020

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

EL VIENTRE DE LA ARAÑA

Un hombre corre en la nieve. Cae. Intenta levantarse. Pasa otro a su lado y mira mientras trota y reduce ahora el paso. Atrás a una distancia no pronunciada, por entre un área descubierta de árboles, un conjunto de chicos cruza a lo lejos que pronto se interna en el bosque. Otro transeúnte se acerca. El paso en la nieve acumulada produce el ruido siempre acotado y reminiscente a rugosidad del zapato al hundirse. La persona caída es una mujer. Comienza a nevar y el ruido que hasta hace un instante se oía de los autos salpicando el residuo de hielo y barro en la calle se amortigua. Se ve los copos de nieve caer e invade una sensación de inminencia y de cercanía. La mujer ya se ha incorporado. De las ramas peladas que penden a lo alto sobre los cuerpos de los reunidos se desprenden aún hojas. El frío es intenso pero al nevar mengua.

En un lapso de tiempo breve el conjunto de tres personas se levanta, cuando el viento sopla con mayor fuerza hasta hacerse oír. El tráfico se detiene en ambas

direcciones debido a un accidente en que colisionan varios automóviles. Se divisa humo en el aire que los transeúntes no pueden circunscribir como perteneciente a un auto y no a otro. Se aproximan sirenas. Está a punto de dejar de nevar, los copos descienden en lentísimos alabeos.

La mujer caída ahora vuelta a caminar golpea con su bolso a una de las personas que se le había acercado. Grita algo, tanto a ésta como a la otra, y se pone a caminar con mayor velocidad. Por fin las otras dos se miran y emiten gestos. De incertidumbre una, la otra de enojo. Mientras, ven alejarse a la mujer en dirección al parque África. Una ardilla resbala de la rama donde corría y cae por un tramo del árbol para sujetarse de otra inmediatamente abajo. Al punto desaparece. Ambas personas levantan la cabeza al oír el ajetreo y ven caer montículos de nieve.

—Está loca. ¿Cómo que no le voy a creer?

—Y sí. Está loca. En esta sociedad hay muchos así.

Se encaminan al estacionamiento contiguo a la entrada al bosque. Al atravesar el campo de béisbol que deben cruzar notan el tráfico detenido y varios autos averiados estacionados mitad en la vereda. Un camión de bomberos hace entrada por Beckett luego de doblar por Biddle. Llegan dos ambulancias sin apuro. Ambos hablan.

—¿Qué pasó?

—Cosas así siempre pasan. Y más aún a esta altura del año. Siempre chocan enfrente del Cifra. Mi hijo

trabajó allí y decía que eran al menos cuatro por semana.

—Sí. Es increíble.

Los dos hombres siguen hacia el estacionamiento. Ven a la mujer que les gritara recién, la ven sumirse en el bosque. No comentan el hecho de haberla visto. Se intercambian los números de teléfono y dirigen a sus autos. Se dan cuenta que habían estacionado uno al lado del otro. Uno de ellos recordaba haber visto el auto plateado y pequeño del otro cuando salía del suyo,

—...para ir a la diaria caminata por el bosque y luego salir al parque. El médico... Dos millas; cada día por la mañana.

El otro no recordaba haber notado el auto rojo del otro.

—Esto siempre pasa así. ¡No lo ves hasta que no te muestran!

Abre el baúl y deja allí los guantes, la bufanda, el gorro. Cierra con fuerza, haciendo que la tapa golpee el resto del auto ocasionando un estruendo. El otro se estremece al oír el ruido. Le sonrío.

—Siempre pasa así —señala el auto con un gesto de cabeza—. Primero uno lo abre, y después ¡boom!

Esto agrega entre risas. Se dispone a saludarlo con un gesto de cabeza mientras iba encaminándose a entrar

al auto, al tiempo que en el asiento de atrás se ve que alguien levanta la cabeza como si recién despertase. Quien se incorpora, y busca con la mirada la ventanilla desde donde percibía ruido. De inmediato el otro, aún parado al costado del auto, vacila y asombrado e involuntariamente da un paso atrás. Del auto sale un niño. Mira al dueño del auto que continúa esgrimiendo su sonrisa. Mira al otro y explica:

—Siempre pasa así, Ralph. ¡El pequeño se levanta y uno que vuelve al mundo del que se había ido!

El otro, Ralph, le sonrió y asintió de modo espontáneo. Se alejó del auto otros pasos más a medida que arqueaba las cejas. El otro se despidió con ademán expeditivo. Entró al auto y decía ya algo al niño vuelto a sentarse atrás mientras cerraba de un golpe su puerta.

Ralph fue a su auto plateado. Subió también rápido. Prendió la calefacción y se encontró rodeado de parabrisas empañados. Sacó una franela y la repasó en los vidrios a que tenía acceso desde su asiento. El auto rojo del otro salía de donde estaba estacionado. La nieve acumulada en el pavimento hacía difícil avanzar con precisión sin detenerse repetidas veces y andar de a trechos breves para no resbalar. El auto resbaló. Hacia el costado izquierdo. Llegó a casi chocar con el de Ralph. Vio que el otro le hacía gestos de disculpa a través del parabrisas. Le devolvió los gestos con la misma atención y esperó a que saliera del estacionamiento.

El auto rojo retrocedió lentamente e igual de lento se acercó a la salida del estacionamiento. Deteniéndose

antes de salir a Beckett. Avanzó un poco. Volvió a pararse. Se puso en marcha para salir a toda prisa. Y se detuvo de inmediato a punto de chocar. El freno súbito hizo que la parte posterior del auto balanceara de arriba abajo con brusquedad. Ralph siguió el movimiento del auto y asintió de forma involuntaria. Vio las luces rojas quietas. Al fin se puso en marcha y dobló a la izquierda en la avenida para perderse entre el tráfico y la nieve que volvía a caer. Avanzó entonces él. Seguía el mismo trayecto que vio había hecho su reciente conocido. Retrocedió. Pero no resbaló. A su derecha ya había otro auto estacionado; el conductor abandonaba el auto y salía vestido cubierto con gorro y bufanda que le cubrían por completo la cara.

Prosiguió hacia la salida. Pero no hubo necesidad de aguardar; nadie venía por la avenida. Adelantó el auto un tanto. Y no volvió a ver a nadie; alguien detrás ya se acercaba. Salió hacia Beckett y sólo se detuvo en Orbes ante el semáforo. Esperó que la luz cambiara. Cuando lo hizo dobló en Orbes. Nevaba con mayor intensidad. Los autos surcaban la calle echando escaracha a sus costados y dejando una estela a su paso.

Frente al parque África en la esquina de Orbes y Beckett el empleado de una pizzería abría las puertas y salía para ver cómo había terminado el episodio de los choques en serie. Ya al pasar por allí Ralph, y antes su nuevo conocido del auto rojo, los autos habían sido desplazados fuera del cruce de las avenidas. Cuatro patrullas, dos ambulancias y un camión de bomberos se habían hecho presentes y cortado el tránsito en la cuadra donde examinaban los vehículos y un conjunto

de gente aguardaba que terminara el registro de datos que llevaba a cabo la policía. Un remolque salía con un auto a rastras y seguía por Orbes. Ya no nevaba. No había niños en la calle.

Un policía se aleja del grupo de conductores parados a la espera y se sube a la patrulla. Se lo ve tipear en su computadora. Hablar por su radio portátil. Que arroja súbitamente por sobre el volante y que al chocar con el parabrisas rebota y cae sobre la computadora abierta. Advierte que al dar con el teclado cambia algo en la pantalla. Se incorpora. Mira. Tipea. Toma el walkie-talkie y se pone a hablar con cuidado y por un rato prolongado. Ve que afuera el grupo de automovilistas comenzaba a impacientarse. Varios se dirigen a sus respectivos autos. Los ve entrar. Siente disgusto, y se despide de su interlocutor con rapidez. Se cuelga el walkie-talkie de la solapa superior del abrigo de uniforme. Sale.

Ya al llegar adonde estaba antes el grupo de gente no quedaba nadie. Da unos golpecitos en el vidrio del auto que tenía más cerca.

—El tedio, oficial, es lo que más nos repele. No podemos estar esperando en la calle como si fuéramos animales. Esto es injusto. Yo tengo una familia a la que debo dar de comer y en este momento me esperan en la oficina y el tiempo sigue pasando y resulta que nosotros estamos parados en la calle mientras nadie hace nada y no pasa nada. Esto no debe ser así.

El oficial se disculpa y menciona la gran cantidad de accidentes automovilísticos ocurridos desde la

madrugada a raíz de las nevadas súbitas e intermitentes olas de frío extremo, el hielo acumulado en la acera.

—¿Pero adónde es que van nuestros impuestos cuando vemos que las calles no están limpias y que nadie hace nada?

El oficial se disculpa y ahora levanta un tanto la voz.

—Usted comprenderá la situación mejor que yo. Ahora la voy a pedir que salga del automóvil para que la compañía aseguradora al hacerse presente se ocupe de su trabajo y se dé curso al traslado y transporte de los vehículos dañados.

—Pero usted me comprende, oficial, esto no es un capricho. Nos tiene cautivos aquí más de una hora a la espera de no sé qué remolque y mientras, nosotros, acá, en el frío, usted me entiende, ¿no?

—Entiendo. Pero le voy a volver a pedir que salga del vehículo, de modo que podamos agilizar la labor de los empleados de la compañía de seguros.

—¿Y qué compañía es esa? Porque a mí no me han preguntado si yo quería a esta compañía de seguros. La cual le puedo asegurar oficial que sin dudas no contactaría ni contrataría por más que fuera la única en el país. Porque yo puedo elegir.

El oficial estiró el brazo y lo acercó al conductor, introduciendo esa fracción del cuerpo en función de su cuerpo entero, indicando ofrecerle ayuda a apearse tanto como estar dispuesto a sacarlo a la fuerza. El conductor se arqueó y produjo un gesto de rechazo.

—Yo no soy como a los que les disparan porque viven en pandillas y roban. A mí no me tocan. Que yo no elegí esto y que además quiero que vengan a terminar el trabajo los que tengan que venir y así yo ya me voy que yo tengo una familia y un trabajo. ¿Me escuchó?

El oficial retrocedió y llamó apoyo. Miró al conductor del auto desaparecer mientras cerraba la puerta. El motor del auto estaba por completo abollado. El capot aparecía doblado y ubicado como un techo a dos aguas, cubriendo el carburador y dejando acumulada la nieve caída sobre el radiador y el parabrisas delantero a sus costados. Se colgó el walkie-talkie de la solapa. Apoyó la mano derecha sobre su arma. Giro la cabeza cuando oyó el paso de los compañeros que venían en refuerzo. Les explica la situación. Dos oficiales abren la puerta del vehículo. Quedándose en el proceso con la manija en la mano. El conductor se frotaba los brazos para darse calor. Al ver que la manija se había desprendido miró al policía que aun la sostenía y habló con tono de agravio.

—Ahora es el departamento de policía el que opta por destruirme el auto.

Los oficiales contemplaron el estado de deterioro general del auto. Lo sacan a la fuerza. El conductor, semejando estar ebrio de enojo, los insulta. Otro policía se acerca. Los cinco lo rodean mientras el conductor se apoya contra el auto. Continúa gritando. Uno de los oficiales se le acerca y comienza a hablar. Lo interrumpe una voz que no pertenecía a nadie entre

el grupo. Miran todos fijo al conductor quien deja de gritar y a su vez observa por sobre los hombros de los policías. Tras unos segundos todos se dan vuelta. Ven a una persona de estatura mediana, cabeza grande y nariz muy pronunciada. Era quien manejaba el auto momentos atrás, quien con Ralph se acercara a la mujer en la plaza y luego abandonaba el sitio tras que despejaron la calle ocurrido una vez el accidente en serie.

—Esto siempre pasa así. Oficiales, créanme. Nieva y el cielo se cae —concluyó oscilando el rostro.

Los policías intentaron reconocerle el rostro. De una manera u otra asintieron, de manera casi espontánea, sin afán de afirmación preciso, a sus palabras. Esperaban ahora otras.

—Mientras me miran como a un código de barras, déjenme decirles que esto siempre pasa así. Ya lo ven allí —se volvió y señaló la esquina de Beckett y Orbes—. El frío hace que uno no pueda moverse bien. Aunque si nieva esto cambia; siempre pasa así. Pero ahora no nieva. Acompañenme mientras esperan el auxilio necesario. Acompañenme.

Los miró con cara radiante. Los otros no pudieron sino seguirlo, incluido el conductor tan frustrado. Mientras el grupo de cinco policías y un civil seguía a la persona que apareció súbitamente y les ofreció entrar bajo techo, volvió nuevamente a nevar.

—Ah, ya ven. Como siempre pasa, nieva cuando uno camina. Pero lo hará hasta que no lleguemos adentro. Luego dejará de nevar. Siempre pasa lo mismo.

Los siete caminaron los escasos veinte metros por Orbes hasta Beckett y doblaron allí a la izquierda y al punto ingresaban a un local de comida próximo a la esquina. De inmediato olieron todos un fuerte aroma a caléndula.

Los ubicó en una mesa que contenía a seis personas. Parecía que fuera el dueño del local o su administrador. Con los empleados se relacionaba por medio de gestos. Rara vez usaba la voz. Emitía chasquidos de dedos. Señalaba furtivamente. Asentía sin esperar respuesta. Sentó a los policías y al conductor frustrado y les ofreció un refresco. Les dijo pronto que podía ofrecerles sólo esto sin cargo.

—Si sigo dando, el dueño me come vivo.

Se dirigió a una mesa ubicada al otro extremo de la sala y volvió arrastrando una silla. Todos tenían ya un pequeño vaso servido. Tomó el que tenía más a mano y lo bebió hasta la mitad.

—Y ahora díganme, la nieve, ¿no les hace pensar en querer manejar sobre arena? Yo apenas si saco el coche en invierno. Me tomo el bus a todos lados. Siempre que puedo, claro. Siempre es así. Ahora ¿por qué manejar a estas horas? ¿No sería mejor no chocar? Yo lo vi todo. Fue un descuido. Siempre pasa así. La nieve. El hielo. El auto resbala.

Se puso de pie y solapadamente hizo un gesto de negación dirigido al mozo en la sala. Se pasó el índice por la comisura de la boca abierta de par en par. Cerró los brazos. Uno de los policías, hasta ahora todos callados, se levantó para desentumecerse. En el proceso hizo un gesto obsceno con la mano y luego señaló furtivamente la nariz de quien los agasajaba. El resto de los policías rio entre dientes. El conductor frustrado comprendió el rol asimétrico de ambos bandos e incómodo se paró de golpe y fue hacia la puerta de salida. Al abrirla ve su auto arrastrado por un remolque yéndose por Orbes en sentido del bosque.

—¡Me lo sacaron...! —salió corriendo hacia la calle.

Los policías fueron enseguida tras él. El anfitrión les grita aún,

—¡...mejor caminando que sentado!

Agarró las botellas que quedaban en la mesa y se las alcanzó al mozo. Le dijo algo en turco de manera amable y se dirigió luego a la pared de vidrio del frente del local, a cuyo través podía ver el tránsito en Beckett, la entrada al África, la avenida Orbes en diagonal. Nevaba. Era mediodía. El local estaba vacío. Hipnotizado, mirando el tránsito circular, permaneció unos instantes, casi petrificado, respirando contra el vidrio al que empañaba. Volvió en sí y fue hacia la entrada a la cocina hacia el fondo. El local estaba lleno.

A la tarde salió el sol. A las tres comenzaron a pasar los micros escolares. Se sucederán durante hora y

media; conectando el límite este de la ciudad, y los suburbios inmediatos, con los barrios residenciales del centro. Los niños colgaban la cabeza muchos por las ventanas apenas abiertas sacando la lengua y gritando obscenidades e insultos entre risas a los automovilistas. Los oficiales de tránsito llevaban anteojos de sol y saludaban a todos.

Diligentemente a las cuatro y media alguien comienza a sacar la nieve acumulada durante el día en la vereda. Forma montículos en la medianera entre las propiedades, que consistían en una división clara entre los bloques de cemento en el piso. La pala es grande y naranja. La nieve no está sucia. Acumulada parece montones de arena donde construir castillos o murellas. La luz al fin cae del todo y a las cinco de la tarde el fulgor incisivo de los faroles envuelve las pilas de nieve y en ellas rebota aún más amarillo de lo que es en la fuente. Pequeñas luces en forma de guirnalda a lo largo de marcos de ventana y puerta ahora se encienden. Como a la mañana, el sonido es contenido por el efecto amortiguador de la nieve y los pasos de los transeúntes parece permaneciesen a ras del zapato.

Una joven de pelo muy oscuro apareció de pronto de pie junto al recibidor en la entrada al local. Vestida con dos capas de ropa notoriamente distintas, una ajustada al cuerpo y otra suelta sobre. Comenzaban a entrar comensales.

Entra una pareja de jóvenes vistiendo ropa de colores muy vivos, naranja y verde. Al quitarse los sacos quedan vestidos de color gris y azul. La joven que los recibe en la entrada los acompaña a su mesa y extiende un menú a cada uno. Les pregunta si ya han estado en

este lugar. Ambos asienten, la muchacha dice que cada semana y media. La joven que los recibía y acomodó anuncia el nombre de la mesera que se hará cargo de su servicio. Se despide agradeciéndoles la amabilidad en venir a Cifra esta noche. Se retira al mostrador en la entrada del restorán. A dos metros de la mesa.

El anfitrión dio un paso fuera de su oficina, se acarició la nariz pronunciada; irrumpe en el centro de la sala y pasa con parsimonia por entre las mesas. Saluda a cada comensal; se acerca a la pareja vestida en gris-azul y da al joven una palmada en el hombro y a ella extiende un saludo inclinando la cabeza y enseguida le sopla un beso y bate las manos.

La noche avanza como podría tratarse de cualquier otra, con un número razonable de comensales para un local tan pequeño, un día de semana, un día particularmente de mucha nieve y de no tanto frío al declinar. El anfitrión entraba y salía de su oficina, a la sala, a la cocina, a la vereda. Cuando entraba nuevamente al local, luego que se cerrara la puerta se sacudía y decía brrrrrrrrr ruidosamente para dar cuenta que tiritaba de frío.

A las ocho y media ingresa un hombre de mediana edad con su esposa. Diligentemente son ubicados en la única mesa libre, ante el ventanal. La mesera toma su orden. Ambos conversan. El hombre explica algo animadamente y señala hacia el tramo del parque África que ven desde donde están sentados. Pronto siente una palmada en el hombro. Se da vuelta. Oye con total sorpresa:

—Ralph. Ya me lo imaginaba. Esto siempre pasa así. De vuelta a la escena del crimen.

Ralph permanece asombrado. No dijo nada hasta que la mujer no le preguntó al fin algo.

—De saber Ralph que vinieras hoy con tu hija preparaba la mesa especial.

La mujer se echó a reír más por reflejo que movida por su efecto. Ralph no alcanzó a prestar atención al “hija” y pensaba que dado que ambos se conocieron hace apenas unas horas cómo hubiera hecho para avisarle que vendría hoy sin conocerlo.

La mesera traía la comida. Ralph le abrió paso y contempló los platos.

—Si yo viniera hoy a comer a este lugar, pediría lo mismo. Y para el postre —dijo ahora mirando a la mujer— me comería al bombón —y asintió con una sonrisa inmensa.

Ralph continuaba atónito. La mujer reía involuntariamente. El anfitrión toma una silla y se sienta entre ambos. Comienza a hablar desaforadamente. Se dirige a uno y a otro. Con la mujer entabla diálogos prolongados. Ralph al fin entra en calor y lograba unirse a la conversación sin desconfianza. Bromeó sobre el suceso de la mañana, la mujer caída en la nieve, su inexplicable brote de enojo. La esposa de Ralph se dirigió hacia él al parecer invadida por una sensación de desconsuelo:

—Pero dígame usted, Altan, ¿cómo es que alguien así puede luego irse como si nada hubiera pasado?

Seguramente se debe haber roto o dolido algo. Yo no me lo explico.

—Trátame de tú, cariño, estamos entre amigos —echándole un guiño a Ralph; lo cual hizo que la mujer riera—. Yo creo que no le pasó nada. Pero que algo, seguro, ¡le va a pasar! —esto último lo dijo en voz muy alta y enseguida echó una risa estridente.

Ralph y su esposa se echaron a reír como si hubiesen captado una broma irresistible; irreflexivamente. Altan los miraba y sonreía. Llamó con un chasquido de dedos a la mesera y le dijo algo en turco en voz apenas audible. Al momento sus comensales hicieron silencio.

—Yo me pregunto si Ralph y Linda no desearían pasar a tomar el café a un lugar menos bullicioso... —el salón estaba mitad vacío, las luces tenues—. Siempre pasa así, primero el calor humano, después nos acaloramos. Al final arden por que alguien les dé la orden de irse...

Mientras Ralph y Linda se disponían a echarse a reír Altan se levanta y los insta a ponerse de pie.

—¡Siempre hay que contener un centenar de opciones! Si no, ¿cómo podríamos elegir?

Altan los condujo a través de la sala. En dos ocasiones los presentó a otras dos parejas que comían allí esa noche. En ambos casos no conocía a los comensales,

y Ralph y Linda era presentados como una pareja de amistad inesperada e intensa. A dos metros de entrar a la oficina chasqueó los dedos y la mesera les abrió la puerta desde adentro. Una vez que cruzaron el umbral cerró la puerta desde fuera. Se oyó el cerrojo.

La oficina comprendía una habitación de tamaño medio con pocos muebles, que comparada con el salón comedor parecía mucho más amplia. Pequeñas y quizá demasiadas mesitas de café había cerca de las paredes. Un escritorio grande había ubicado en una de las esquinas, de cara al centro de la habitación, formando con las paredes perpendiculares atrás un triángulo. En las paredes se podían ver fotografías. Altan se ocupó de entreterlos.

—Aquí, aquí, Linda, Ralph, siempre pasa lo mismo, miren —al azar señaló con el índice la pared—, los años pasan y las memorias quedan —señaló una foto de un barco, visto de lejos, una especie de crucero con inscripciones en el casco que no se alcanzaban a distinguir; la foto era en blanco y negro y no era posible a primera vista adjudicarle una edad en particular—. Yo iba en mi primer crucero. Allí conocí a Dimitri Mitrópulos. Corría el año 1955. Casi no llego a embarcar. El tránsito. Siempre pasa así.

Los invitados miraban con atención la foto del crucero. Ralph se acercó, hasta casi rozar la imagen, en caso que alguien saludara desde adentro. Se disponía a continuar inspeccionando las fotos en la pared sin alejarse y proseguir con la que estuviera al lado cuando Altan desvió su atención pronunciando en voz muy

alta el nombre de Linda, introducido por un ademán estridente.

—No te dejes llevar —dijo mirando a Linda— por lo que dicen los demás. Vale la pena perderse en el mundo.

Linda sonrió. En la foto frente a la que estaba parada se veía a Altan junto a Henry Kissinger. Ralph también se acercaba a verla.

—Heiny... la primera foto que nos tomaron. Me la mando él. Siempre pasa así, uno está pero no sabe que está.

Ralph se detuvo un rato en observar la toma. Linda sonreía y ya miraba otras imágenes. Ralph lo miró a Altan y luego a su mujer, quien ya se detenía en recorrer con la vista una réplica de la corneta acústica usada por Beethoven. Les aclaró que era de bronce y aun ahora servía y agregó risueño “si saben de alguno, me lo mandan así hacemos la prueba, porque yo escucho todo, ¡y a mí no me funciona! siempre pasa así.” Acto seguido la tomó e introdujo en el oído y pidió a Linda que dijese algo.

—A ver, dale, algo. No importa. Dí cuántos dedos tienes. En vos alta...

Linda lo hizo.

—Dos —dijo, y a su vez levantó dos dedos y sonrió—.

—No. No funciona. Ya te oí antes sin que me pusiera la corneta... —y se puso ahora a inspeccionarla como si le fuera desconocida, dándole vueltas y soplando como si se tratase de una trompeta.

Ralph se acerca a su mujer y le susurra en el oído:

—La foto con Kissinger está truncada, ¿la viste? Es un plagio muy burdo. Son dos recortes puestos uno al lado del otro y luego fotografiados juntos en una toma —Linda lo miró sin ocultar su sorpresa. Volvió a mirar la foto y vio la imagen de Kissinger por completo ajena al espacio de la foto, el traje demasiado negro, el cuerpo de un tamaño levemente mayor el de Altan, ambos mirándose pero sin coincidir en la mirada, fuera de perspectiva, la falta de sombra en Kissinger mientras que la mano de Altan proyectaba una que quedaba cortada por el cuerpo del otro.

—Sí, sí... Es terrible. ¿Y por qué le harían una cosa así a Altan? Deberían haber dejado la foto sin retoques.

Ralph chasqueó la lengua. Altan parecía perdido en la contemplación de otra fotografía, ésta ahora colgada alto casi junto al cielorraso.

—Cuando Heiny me dijo que Vietnam terminaba, sí o sí, yo le dije: si termina, yo me abro un restorán. Y aquí me tienen. Siempre pasa así —dijo meneando la cabeza. Linda asintió mostrándose complacida mientras que Ralph se impacientaba. Altan chasqueó con los dedos y de inmediato entró la muchacha con una escalera pequeña, la puso delante de Altan y abandonó

la habitación enseguida. Éste alcanzó la foto que miraba con tanto detenimiento. Explicó—...las afueras de Nápoles. Tantos recuerdos... —dijo sin explayarse. Se subió a la escalera y volvió a colgarla.

Ralph echaba miradas cómplice a Linda. Se mostraba impacientado por salir. Linda lo tomó de la mano y le acarició el pelo.

—Sí, Altan, estamos tan agradecidos por su amabilidad. Qué lugar formidable tiene. Cuántos recuerdos. Son toda una vida. Y a mí, a decir verdad, que me parecen muchas vidas. Cuánta riqueza. Gracias.

—Y esto es sólo el comienzo. Uno cree que termina y en realidad las cosas recién empiezan. ¡Siempre pasa así! —la agarró de la mano y la llevó a través de la sala hacia el escritorio. Se disponía a mostrarle unas fotografías cuando Linda nota una pelota de goma enorme atrás del escritorio donde en su lugar uno supondría una silla. Se quedó en silencio inspeccionando ese rincón del cuarto tratando de apresar la imagen total junto a la funcionalidad de cada objeto que en ella veía.

—Es Cooky, mi silla, parece una pelota de gimnasia... ¡y es una pelota de gimnasia! Siempre pasa lo mismo. Pero a mí en una silla no me sienta nadie. Al menos no delante de un escritorio —Linda lo oía maravillada—. Además así cuando me siento hago ejercicio. Mire.

Altan se sentó en la gran pelota de goma ante el escritorio y empezó a rebotar. Demostró cómo era capaz de sacar un cheque de la chequera y firmarlo aun

sentado y meciéndose. Iba de una punta del escritorio a la otra de a saltos, precisos, con agilidad.

—¿Quiere probar? —le preguntó a Linda y enseguida miró con sorna a Ralph.

—Deberíamos quizá irnos.

—Pero Ralph, no se preocupe, para mí no es ninguna molestia. Es más, es un placer, enorme. A ver qué dice la interesada...

—¡Claro!

Altan sacó la pelota de detrás del escritorio y la puso en el centro de la habitación. Rodaba hacia un costado empecinadamente. Al fin la contuvo con su mano sin soltarla e invitó a Linda a que se subiera.

—Lo más importante es llegar a conocer a la pelota. Así, por ejemplo —se sentó de golpe y así de pronto se paró de rebote—, ¿lo ve?

Linda asintió en actitud pensativa. Vio cómo Altan daba un salto sentado y se paraba como si nada. Miró a Ralph con sorpresa. Ralph meneaba la cabeza en actitud seria. Altan extendió su mano hacia Linda invitándola a apropiarse a la pelota. Linda con gusto aunque debatiéndose entre si aceptar o no al fin trató de posarse sobre la gran pelota. Al primer asiento involuntariamente dio un salto al rozar la goma de la superficie. Altan la calmó.

—No es más que goma, Linda, nada más —la miró a los ojos mientras se crujía los nudillos—, a veces

conviene que uno se ponga panza abajo primero. Siempre pasa así. Es muy reconfortante. Yo de hecho la primera vez que usé la pelota fue así —y procedió a señalarle cómo debía subirse.

Linda miró la pelota con cierta inseguridad. “Así, así, claro, con la panza hacia abajo así para irle agarrando la mano y después soltarse...” dijo Altan y la iba colocando panza abajo sobre la enorme pelota. Linda apoyó el abdomen. Altan la soltó. Linda rebotó dos veces, perdiendo el equilibrio luego del primer rebote. Los anteojos se le cayeron; al balancearse inesperadamente emitió un chillido; al rebotar por segunda vez cayó de costado y gritó como si la tiraran.

Altan chasqueó los dedos y de inmediato entró la muchacha. Quien tomó la pelota llevándosela consigo de la pieza sin mirar a Linda, que daba manotazos de ahogado en el piso. Ralph se agachó y comenzó a buscar los anteojos, que destrozó al pisar con las rodillas. Mientras, Altan tomaba una foto de lo que ocurría.

Una vez de pie se veía a Linda con el maquillaje corrido y despeinada. Ralph miraba los anteojos con detenimiento y se los ponía en el bolsillo del chaleco. Intervino:

—Bien, Linda, creo es tiempo que volvamos.

Linda no dijo nada. Por fin miró y divisó a Altan. Le agradeció la visita y su hospitalidad.

—Siempre es así, Linda. Ralph, un gusto. A ver cuándo el parque África nos vuelve a reunir. Aquí

tienen siempre las puertas abiertas. De 11 a 9. Los acompaño.

Altan se colocó entre los dos tomándolos del codo. La muchacha les abrió la puerta de la oficina para que pasasen sin detenerse. Los condujo a la salida como si fueran ellos llevándolo. Saludó con gestos de bonhomía a los clientes que lo veían atravesar la sala. Al pasar por una mesa donde el mozo servía café le dirigió la palabra y en voz alta dijo:

—Ferit, así, así. Está bien, 45 grados. No más, si no, se vuelca la espuma.

Ferit asintió mientras vertía el brebaje. Ya en el recibidor, a veinte centímetros de la puerta de entrada, se pusieron abrigos, bufandas, guantes. Se estrecharon las manos. Prometieron volver a ponerse en contacto.

Ralph y Linda desaparecieron de la vista de Altan, posado de pie tras el vidrio grande del comedor. La luz amarilla de la calle lo encandilaba. A través de ella veía caer nieve.

ÍNDICE

El vientre de la araña / 5
Un animal vestido de gato / 27
Gota de oso / 51
Musa versátil / 63
La jauría que juraba era un juego / 79
Lámina, dadla maldad animal / 99
El cisne en ultramar / 115
Musaraña luego de morir / 127
El viaje en el ala / 137
Libélula a contraluz de la luna / 151
Visita al arrecife / 167
Arca: cara de alguien otro / 181